

VIGILIA PASCUAL 2008
S. I. Catedral, 22 de marzo de 2008

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Estamos celebrando la gran Vigilia de la Pascua, “la madre de todas las santas Vigilias” (San Agustín) Acaba de resonar el canto jubiloso del Aleluya, preludio del gran anuncio del Evangelio: “*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado*”.

Sobre este anuncio gravitan todos los símbolos y ritos de esta solemne Vigilia: la noche, el fuego, la luz, el cirio, la palabra, el agua bautismal, y el pan y el vino de la Eucaristía. A este anuncio nos han conducido todas las lecturas de la Palabra de Dios, mediante la cual la santa Iglesia, llena de fe en la Palabra y en las promesas de Dios, contempla las maravillas que Dios realizó desde el principio en favor de su pueblo. De esta manera, la Iglesia, “comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas” (Lc 24, 26), interpreta el misterio pascual de Cristo.

“¡Qué noche tan dichosa!”. Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos. Esta es la noche de que estaba escrito: “será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo”. Así se ha cantado en el Pregón Pascual, al comienzo de esta Vigilia solemne.

“¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!”.

Esta es la noche por excelencia de la fe y la esperanza. Mientras todo está sumido en la oscuridad, Dios -la Luz- vela. Con Él velan todos los que confían y esperan en Él.

¡Oh María!, esta es por excelencia tu noche. Mientras se apagan las últimas luces del sábado y el fruto de tu vientre reposa en la tierra, tu corazón también vela. Tu fe y tu esperanza miran hacia delante. Vislumbran ya detrás de la pesada losa la tumba vacía; más allá del velo denso de las tinieblas, atisban el alba madrugadora de la Resurrección.

En esta noche santa la Iglesia vela en oración. Los ritos del fuego y del agua confieren, además, a esta solemne liturgia una dimensión cósmica. Todo el universo creado vela esta noche junto al sepulcro de Cristo. Pasa ante nuestros ojos la historia de la salvación, -una verdadera catequesis en acción-, desde la creación a la redención, desde el Éxodo a la Alianza del Sinaí, desde la antigua a la nueva Alianza. En esta Noche santa se cumple el proyecto eterno de Dios, que envuelve toda la historia del hombre y del cosmos.

La novedad de la Pascua

La Vigilia Pascual es la fiesta de la vida: la celebración de lo nuevo. En esta sagrada noche todo es nuevo: la *luz* (el cirio), que nos hace testigos de la luz: no somos fúnebres seguidores de un cadáver, sino testigos esperanzados del Resucitado; el *agua* (símbolo del Bautismo), que nos hace hijos de Dios en su Hijo amado; el *pan* de la Eucaristía, que nos hace hermanos en torno a la mesa del sacrificio y del banquete. Pero, sobre todo, es nuevo el hombre que renace en Cristo “por el agua y el Espíritu Santo” (Jn 3, 5).

“*Por el Bautismo* –nos ha recordado Pablo en la carta a los Romanos- *fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo fue despertado de entre los*

muertos para la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rom 6, 4). En esta noche van a recibir el Bautismo dos jóvenes, que han iniciado su proceso de catequesis para completar en su día la iniciación cristiana. Se van a convertir en hijos de Dios, miembros del cuerpo de Cristo y templos del Espíritu Santo; son ungidos con el óleo de los catecúmenos y consagrados con el santo crisma, bendecidos y consagrados por el Obispo en esta S. I. Catedral el Miércoles Santo. En unión con ellos vamos a renovar nuestras promesas bautismales. Participan también en la celebración miembros del camino neocatecumenal, vestidos con túnicas blancas, que renuevan solemnemente su Bautismo, después de haber inscrito sus nombres en el libro de la vida del Cordero y haber renunciado a Satanás y a sus pompas y seducciones y haber prometido seguir a Cristo hasta la muerte.

Si hemos sido sepultados con Cristo en su muerte por el Bautismo y nos hemos identificado con Él en su Resurrección, no podemos ser hombres viejos y de pecado (Rom 6, 3-11), hombres vencidos por la tristeza, el pesimismo o el miedo. Hemos sido “engendrados, por la Resurrección de Jesucristo, a una esperanza de vida” (1 Ped 1, 3).

Por eso no podemos volver a la antigua esclavitud del pecado, ya no debemos dejarnos atrapar nunca por la fuerza del mal, de la soberbia, de la impureza, de la mentira o de la falta de amor. Cristo ha vencido en nosotros todos estos males. Él nos comunica sin cesar el don del Espíritu Santo para que nos mantengamos firmes en la fe, seguros en la esperanza y fervientes en el amor, constructores de un mundo nuevo, donde reinen la verdad, la libertad, la justicia y la paz.

¡Qué noche tan dichosa! Con Cristo resucitado, fuente de Vida, el hombre ha sido perdonado y reconciliado, y el mundo se convierte otra vez en espacio de felicidad. Pidamos que efectivamente, esta noche santa, ahuyente los pecados, lave las culpas, devuelva la inocencia a los pecadores, la alegría a los tristes, expulse el odio, traiga la concordia, y a todos nos dé la paz y la alegría de Cristo resucitado.

¡Cristo ha resucitado!, anuncia al final de esta Noche de Pascua la Iglesia, que ayer había proclamado la muerte de Cristo en la cruz. Es un anuncio de verdad y de vida. Sí, Cristo ha resucitado verdaderamente y nosotros somos testigos de ello. Lo gritamos al mundo, para que la alegría que nos inunda llegue a tantos otros corazones, encendiendo en ellos la llama de la esperanza que no defrauda.

Amadísimos hermanos: ¡Feliz Noche! ¡Feliz Pascua! ¡Cristo ha resucitado!
¡Aleluya!. Amén.